

“Martí y Lenin”, y un mulato cubano entre los Marx

Miguel Cabrera Peña
Profesor y periodista
Cubano. Residente en Santiago de Chile

“Martí y Lenin” es uno de los ensayos más controversiales de Juan Marinello¹. Para 1934, fecha en que lo escribe, no era aún Marinello el propietario de aquella prosa rica, atrevida y personalísima por la cual Antonio Machado lo llamaría gloria de todas las Españas. En la tercera década del siglo, el poeta y el escritor se adiestraban en el fragor de las contiendas sociales. Marinello velaba las armas para llegar adonde debía llegar, al decir público de Gabriela Mistral. Por supuesto que cuando la poeta chilena trató de atisbarle el futuro a Marinello durante una conferencia en Cuba, lo hizo pensando en que aquel nivel adonde debía llegar como escritor y ser humano se produciría en una sociedad libre, dentro de la cual el ensayista mantendría su independencia.

Para 1934 el hijo de Jicotea, en la antigua provincia de Las Villas, quien renunciaría a la heredad familiar de un central azucarero, ya andaba en las cercanías de los comunistas, quienes —hay que decirlo— estuvieron muchas veces entre los mejores defensores de los derechos de los negros y constituyeron el único partido político (luego de los masacrados Independientes de Color) en cuya máxima jerarquía

figuraron destacadas personalidades e intelectuales de raza negra. Un prólogo casi desconocido a un libro mediocre: *José Martí y los negros* (1947), de Armando Guerra, puede citarse como uno de los textos relevantes de Marinello sobre el tema.

De Marinello perduran hoy un puñado de escritos, en particular sobre la literatura martiana, y varios esbozos de personalidades, así como su libro sobre poesía cubana *Liberación* (1926). La crítica y la historia han hecho envejecer un buen monto de sus apreciaciones. Acaso el naufragio más conocido tuvo que ver con el modernismo y Rubén Darío, donde menoscabó al movimiento y su capitán. Después de 1959 el nuevo régimen le designó elevados cargos. Murió mientras ejercía la presidencia de un parlamento domesticado bajo el mandato del único partido en la Isla. ¿Llegó adonde debía llegar?

En torno a *Martí y Lenin* la crítica ha puesto mucha más atención en lo que gran parte considera errores de Marinello al evaluar la obra martiana, posturas que el autor variará en 180 grados. Raramente se ha incursionado —y nunca profundizado— en ese proceso de resignificación marinelliana de la obra de Martí. La escasez por esta ausencia no

recae sobre la crítica, pues tanto el autor de *Contemporáneos* (1964) como el régimen establecido en Cuba después de 1959 construyeron un férreo silencio sobre el ensayo de 1934.

El texto que de Marinello evocamos incluye una anécdota sobre Paul Lafargue, centro de una suerte de campaña de prensa hace poco más de tres décadas en Cuba, donde (como se sabe) todos los periódicos pertenecían y pertenecen al gobierno. En la campaña se intentó emparentar al país caribeño con la familia de Carlos Marx a través de su yerno, casado con la segunda hija (Laura) del que en Cuba diariamente se inculcaba como El Prometeo de Tréveris. Lo que considero un adelanto de la campaña tuvo lugar cuando se fundó, en 1972, el Instituto de Formación de Traductores e Intérpretes Pablo Lafargue.

Pero en *Martí y Lenin* cuenta Marinello que un grupo de cubanos distinguidos se acercó a Lafargue y «este hieló su entusiasmo al expresarles con rudeza agresiva que le interesa más el resultado de las elecciones en el último barrio de París que la independencia de Cuba». De no haberse escamoteado el texto de Marinello, la campaña de filiación no hubiera tenido lugar. El yerno de Marx, que había participado en la Comuna de París, no se sentía cubano y por ello, aunque no es justificación, tampoco le interesaba la independencia de la Isla.

El autor cubano más literariamente vinculado con la figura de Lafargue fue el narrador Alejo Carpentier. En uno de sus más importantes ensayos escribió que Lafargue «decía a menudo que llevaba en sus venas la sangre de dos razas oprimidas: la india y la negra»². El mulato Lafargue había nacido en Santiago de Cuba en 1842, según el texto de Carpentier publicado originalmente en 1975.

Resulta difícil creer a Carpentier, cuyas páginas tal vez impulsaron aquella suerte de campaña que explotó el pedigrí isleño entre

el clan de los Marx, cuando escribió que «tan criollo permanecía de carácter [Lafargue] que en una carta a Engels, Carlos Marx, que hallaba en su yerno algunos resabios de proudhonismo, decía: ‘a este Pablo le voy a tener que acabar de romper su cabeza de criollo testarudo».

Al autor de *Los pasos perdidos* (1949) —a mi gusto su mejor novela— no le bastó con la particular interpretación que hizo de la frase de Marx, donde al parecer lo más importante es el vocablo criollo que le atribuye a Lafargue. Casi de inmediato, Carpentier sostiene que Lafargue «seguía siendo el cubano de siempre». La subjetividad de esta afirmación sobre la identidad, que hoy se sabe múltiple, escindida y traslaticia, tampoco sació al narrador, que informa que Lafargue no fue a trabajar a la Isla «porque era absurdo que tratara de llevar el marxismo a Cuba cuando ésta era colonia de España». ¿Por qué hay que creer esto último a Carpentier, si ya sabemos que la independencia de su país de nacimiento le importaba a Lafargue un comino?

La construcción de Carpentier sobre Lafargue sirvió al régimen cubano para ordenar a sus periodistas la propagación y apropiación de un abolengo marxista que a muy pocos isleños interesaba, salvo a aquellos en la hegemonía, que así validaban la ideología impuesta y ponían a rodar un antecedente de alcurnia del marxismo en Cuba. Por cierto que la frase que Carpentier cita de Marx, en vez de una confirmación del criollismo de Lafargue, parece otro ejemplo de los numerosos prejuicios raciales de los autores del *Manifiesto Comunista* (1848), que incluyó, en el caso del que aquí nos ocupa, no solo a mestizos y negros, sino a su propia ascendencia judía. Así que a Marx no debió caerle muy bien la frase en que Lafargue se enorgullecía de ascendientes indios y negros³.

Alguna sospecha debió incubar el creador de *El siglo de las luces* (1962) sobre la pretendida historicidad de esta porción de su ensayo, cuando al cabo decidió escribir una novela sobre el personaje, cuyo título, en un objeto ficcional, no deja de llamar la atención: *Verídica historia*. Ese era el destino que merecía la biografía de Lafargue, al menos en lo que a Cuba respecta. Debía ser algo enclavado en los territorios de la imaginación y el invento. Cuando tenía una de sus cuartillas en la máquina de escribir murió (24 de abril de 1980) el más relevante de los narradores cubanos.

El tiempo pasó y Lafargue...

Con el paso del tiempo, algunos detalles se fueron aclarando, con los límites en que algo se puede aclarar en Cuba. Por supuesto que un límite principal se extiende allí donde se obligue al régimen a admitir una campaña propagandística equivocada o la fantasía mal armada para que Cuba apareciera en el árbol genealógico de los Marx. En un artículo publicado por la Agencia de Información Nacional, un historiador tan serio como el Dr. Yoel Cordoví informa que las relaciones de Marx y Lafargue se estrecharon cuando contrajo matrimonio con Laura, pero admite que lograron compenetrarse «después de ciertos recelos del padre ante la vivacidad latina del pretendiente»⁴. Este énfasis en la oriundez latina de Lafargue no tenía que ver con Cuba, sino con Francia. Y estoy casi seguro que los recelos podrían hoy traducirse por prejuicios en virtud de la mulatez de Lafargue, que es algo en lo que tanto tirios como troyanos están de acuerdo.

Llegado al oriente de Cuba, específicamente a Santiago desde Louisiana y sin duda de la zona de cultura francesa de esta región, se supone que la familia vivió en algún momento en la calle Gallo, por donde residía la

mayor parte de los emigrados franceses, añade Cordoví. No sería descaminado afirmar que en Santiago estaba también más cerca de Francia que de Cuba. La criollez que Carpentier le observa al autor de *El derecho a la pereza* (1880) no se sabe de dónde pudo haber salido, por eso la oriundez latina que le atribuyó Marx debió provenir de la patria del ya muy famoso Víctor Hugo.

Propongo una pequeña digresión sobre *El derecho a la pereza*. Lo que busca Lafargue es criticar la devastación que sobre el cuerpo ejercía el capitalismo de aquellos años del siglo XIX. Amparado en la realidad anterior, Lafargue propone no trabajar más de tres horas por día, y no tengo por qué dudar que esta posición fue realmente previsor, si se piensa en el desarrollo de la tecnología del futuro — de nuestro futuro — y su eficiencia:

«Si la clase obrera, tras arrancar de su corazón el vicio que la domina y que envilece su naturaleza, se levantara con toda su fuerza, no para reclamar los Derechos del Hombre (que no son más que los derechos de la explotación capitalista), no para reclamar el Derecho al Trabajo (que no es más que el derecho a la miseria), sino para forjar una ley de bronce que prohibiera a todos los hombres trabajar más de tres horas por día, la Tierra, la vieja Tierra, estremecida de alegría, sentiría brincar en ella un nuevo universo»⁵

Si la oferta es tentadora, de lo que acaso careció Lafargue fue de clarividencia para prever que de entre sus mismas filas brotarían figuras que, como Lenin, se opondrían a semejante jornada con tanto descanso y crearían, con mayor ligereza aún que el cubano impuesto, el trabajo voluntario. Está claro que, de resultar la propuesta de Paul, hubiera extendido Lenin las tres horas hasta nadie sabe cuántas. Fin de la digresión.

Tal vez porque no era el momento ideológicamente apropiado, como suele decir la

burocracia del Palacio de la Revolución, para dar a conocer el rechazo de Lafargue a inmiscuirse en un ápice en la independencia de la tierra que lo vio nacer, o quizá porque el dato se le escapó, no habla Cordoví de la anécdota decisiva que cuenta Marinello en *Martí y Lenin*. Seguramente, la anécdota la contó algún miembro de la delegación que fue a visitar al yerno del filósofo de *El Capital* (1861).

Si Cordoví escribe su texto con la discreción del académico, poco más de tres años después, Juan Morales Agüero, periodista con postgrado en Ciencias de la Comunicación, enseña sin pudor el objetivo del régimen desde el primer párrafo: «la casualidad quiso que un compatriota nuestro fuera hermano de Carlos Marx», y seguidamente: «¿El nombre de este paisano? Pablo Lafargue».

Si efectuaráramos un análisis crítico del discurso, al estilo de Teun A. Van Dijk, enseguida notaríamos los vocablos Cuba, cubano, cubana entre los más reiterados, que arrojarían la clara intención de vincular a Lafargue con el patrimonio histórico de la Isla, y esto sin contar las dos del párrafo inicial: compatriota y paisano. Morales cuenta en su favor informar que Lafargue fue nieto por vía paterna de una mulata haitiana y por la materna, de una aborigen cubana. Entre la enumeración de las batallas, cárceles y luchas del socialista francés, Morales (escribe en marzo de 2010 en el diario *Juventud Rebelde*), refiere que algunos biógrafos censuran a Lafargue por su casi nula solidaridad con la causa independentista cubana del siglo XIX⁶.

Llama la atención que la solidaridad sea casi nula, a lo que sigue la versión que entrega el periodista sobre la visita de una delegación de patriotas cubanos para pedirle apoyo a la guerra contra España. Lafargue respondió: «Una huelga en Francia vale más que todas las guerras cubanas». El caso de Morales es hartamente

benigno de acuerdo con esta versión de la respuesta de Lafargue, a pesar de que escamotea o desconoce «la rudeza agresiva» a que alude Marinello y que hace parecer el casi verdaderamente ridículo.

En otro país y no en uno con las características de Cuba se podría atribuir la falta de detalles biográficos sobre Lafargue al espacio siempre escaso del periodismo. Y sucede que, al parecer, adonde quiera que llegaba Lafargue formaba un lío. Se atribuyen varios de sus encontronazos con otros líderes obreros al ejercicio lafarguiano de un marxismo rígido, radical e intransigente, en momentos en que el posibilismo, que se fundaba en la negociación y el compromiso con el adversario político, tenía muchos adeptos en más de un país europeo. Se dice que en Francia la manera en que asumió Lafargue el marxismo provocó la escisión del socialismo francés en 1882.

Pero si algo demuestra meridianamente que la cultura identitaria de Lafargue nada tenía que ver con Cuba ni con criollez alguna relacionada con la Isla, fue su forma de morir: serena, sin drama, silenciosa, descolorida, europea. En 1911, Lafargue y Laura se inyectaron una buena dosis de ácido cianhídrico, porque entendieron que la edad les estaba haciendo perder facultades. Detenidos sus corazones, el resto se constituyó en el relato usual, escrito en nota propicia: «Muerdo con la suprema alegría de tener la certeza de que muy pronto triunfará la causa a la que me he entregado desde hace cuarenta y cinco años». Un comunista cubano —sobre todo de los nuestros actuales— hubiera pensado de manera radicalmente distinta: si pronto triunfará la causa, lo mejor es vivir y tal vez la vea triunfar. Lo más lógico es esperar la victoria encaramado en el poder. Desde aquí las demoras son menos desesperantes.

Notas:

- 1-Carlos Ripoll cita a «Martí y Lenin» en *Repertorio Americano* 30, enero 26 de 1935 (http://www.eddorios.org/marti/Falsifica_en/notes.htm). Olivia Miranda ofrece otro título y año de publicación: *Masas*, Año 1, No. 6, octubre-noviembre de 1934 («Martí en Marinello: identidad cultural y pensamiento revolucionario», *Revista Bimestre Cubana*, 27. pp. 140-167). Todas las citas de Marinello han sido tomadas de Jorge Camacho en «Un texto cautivo: 'Martí y Lenin,' de Juan Marinello» (http://www.habanaelegante.com/Archivo_Marti/Marti_CamachoMarinello.html) (2010)
- 2-Carpentier, Alejo. «Problemática del tiempo y el idioma en la moderna novela latinoamericana», en Saúl Sosnowski (ed), *Lectura crítica de la literatura americana. Vanguardias y toma de posesión*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1997, tomo III, p. 530.
- 3-Vid. Weyl, Nathanie. *Karl Marx, racist*. Nueva York: Arlington House, 1979; y Cabrera, Miguel. «Los clásicos prejuicios. ¿Fueron racistas Carlos Marx y Federico Engels?» (<http://arch1.cubaencuentro.com/internacional/20051021/dd1f5d5e98080ee9dde2a6d1598d627d/1.html>).
- 4-Cordoví, Yoel. «Natalicio 165 de Pablo Lafargue», *Juventud Rebelde*, enero 13 de 2007.
- 5-Lafargue, Pablo. *El derecho a la pereza* (<http://es.scribd.com/doc/12598676/Paul-Lafargue-El-Derecho-a-La-Pereza>)
- 6-Morales, Juan. «El yerno cubano de Marx», *Juventud Rebelde*, marzo 23 de 2010.